

disensiones que hubo necesidad de cerrar las cortes, teniendo que contentarse el rey con subsidios particulares, con no poca mengua y detrimento de su autoridad. Los caballeros é hidalgos disidentes fueron privados de sus oficios y cargos públicos á inhabilitados para obtenerlos en adelante; pero de aquí nacieron en el reino tales enemistades y guerras, que duraron hasta la venida y sucesion del príncipe heredero. El rey se volvió á Castilla (octubre), profundamente afectado del disgusto con que sus súbditos naturales habian acibarado los últimos días de su penosa existencia (1).

Entretanto se habia renovado con nueva y mayor furia la guerra de Italia. El animoso monarca francés Francisco I. habia llevado á Lombardía un poderoso ejército con resolucion de apoderarse de Milan. Próspero Colona, general del ejército suizo destinado á impedir la entrada á los franceses, habia sido sorprendido y preso en Villafranca por el señor de La Paliza, y el virey español de Nápoles don Ramon de Cardona esperaba que se le reuniesen los suizos y la gente del papa que conducia Lorenzo de Médicis para dar la batalla á los franceses. Entendiendo el rey Fernando el peligro que corria toda la Italia, y aun toda la cristiandad, si los franceses no eran oportunamente atajados, envia las órdenes mas apremiantes al vi-

(1) Zurita, Rey don Hernando, de Aragon, tom. II. de don Fernando el Católico, c. 23. — Abarca, Reyes

rey Cardona para que se juntasen inmediatamente con las tropas de la liga al propio tiempo que el duque de Milan Maximiliano Sforza reclamaba tambien el pronto auxilio del virey español que se hallaba en la parte del Pó. Pero en este intermedio el rey de Francia tomó á Novara y su castillo, cuya empresa debió al capitán español Pedro Navarro que mandaba la infantería de los vascos y gascones.

Sorprenderia ciertamente, si no lo hubiéramos anunciado en otro capítulo, encontrar á este valeroso caudillo español, al conquistador de Castelnovo, de Oran y de Bugía, sirviendo en un ejército estrangero contra su rey y su patria. Esplicarémos la causa de esta lamentable novedad.

Habiendo caído este célebre guerrero prisionero de los franceses en la famosa batalla de Rávena, el Rey Católico anduvo tibio ó indiferente en procurar su libertad por veinte mil escudos que costaba su rescate. El rey Francisco I. de Francia, comprendiendo cuán provechoso le podria ser aquel entendido y brioso capitán para su empresa de Italia, pagó los veinte mil escudos, le convidó con un gran puesto en la milicia, le hizo otros grandes ofrecimientos, y el resentido español sacrificó al interés y al enojo sus deberes, accedió á las propuestas del francés, envió al soberano de Castilla su título de conde de Oliveto, y le requirió le alzase la fidelidad que le debia para poder servir al rey de Francia de quien habia alcanzado la liber-

tad. Fernando conoció su error, quiso enmendarle, y ofreció á Navarro por apartarle de aquel camino no solo los veinte mil ducados, sino mas si fué menester, y restituirle á su gracia y hacerle otras mercedes. Pero era ya tarde: Navarro se habia hecho ya tan francés, como antes habia sido español, y desechó para su mal las proposiciones de su monarca. Decimos para su mal, porque en una de las batallas posteriores de Italia fué hecho prisionero por sus compatriotas, y llevado al Castillo Nuevo de Nápoles que en otro tiempo habia tomado él á los franceses, y acabó en aquella prision su miserable vejez, expiando de esta manera su infidelidad á su nacion y á su soberano (1).

Recelos y desconfianzas entre el virey español de Nápoles, los suizos y los generales de las tropas del papa, entorpecieron y frustraron las combinaciones que hubieran podido dar una victoria segura á los ejércitos de la liga. Por último se resolvieron los suizos á dar ellos solos la batalla á franceses y venecianos en Marignano. Fué esta una de las mas reñidas y sangrientas y de las mas famosas y memorables batallas que se han dado en los bellos campos de Italia. Duró el primer combate desde las tres de la tarde sin interrupcion (13 de setiembre, 1515) hasta las dos de la mañana del siguiente dia, para renovar-

(1) Segun unos, se suicidó, segun otros, le mandó matar secretamente, Carlos V. — Brantome, Vie des Hommes Illustres.—Giovio, Vita Illustr. Viror.—Gomez, De Rebus gestis.—Zurita, Rey don Hernando, lib. X., c. 98.

le luego con mas furor (1). El rey Franciscó de Francia se jactaba de haber estado veinte y siete horas á caballo, sin comer ni beber, y sin aliviarse la cabeza del peso del almete. Es cierto que aquel dia se señaló el jóven monarca francés como hombre de grande ánimo y valor, y á él solo se atribuyó la gloria del vencimiento. Los suizos, despues de haber hecho esfuerzos prodigiosos, se retiraron vencidos á Milan; mas no atreviéndose á permanecer alli, salieron con pretesto de no dárseles la paga que querian, dejando abandonado al duque. Los franceses entonces se apoderaron de Milan, rindiendo el castillo, minándole y combatiéndole el español Pedro Navarro, y hecho el duque prisionero fué enviado á Francia.

Llegado que hubo á noticia del papa tan señalada victoria de los franceses, teniendo en cuenta la dolencia que aquejaba el Rey Católico y lo poco que podia ya vivir, calculó que le era mas ventajosa para el engrandecimiento de la casa de los Médicis la amistad con Francia que con España, y trató de concertarse con el monarca francés. Acordaron, pues, verse en Boloña, y de aquellas vistas resultó una confederacion entre el papa Leon X., el rey Francisco I. de Francia y la república de Venecia, que fué el principio de las nuevas guerras que quedaban preparadas para despues de la muerte del Rey Católico entre su sucesor Carlos de Austria y Franciscó de Francia, que tantas

(1) Se dió á esta batalla el nombre de *Combate de los Gigantes*.

páginas ocuparon luego en las historias de Europa ⁽⁴⁾.

Pero el Rey Católico, cuyo vigoroso espíritu no desfallecía con los padecimientos y la flaqueza del cuerpo, todavía encontró medio de compensar en parte las contrariedades de Italia y la defección del pontífice, negociando nueva alianza con su yerno Enrique VIII. de Inglaterra, al parecer con más solidez que las anteriores, según declaración que ante todo el consejo de Inglaterra hizo el cardenal arzobispo de York, el gran privado de Enrique VIII. Este tratado de paz y estrecha amistad entre las dos naciones se firmó en Londres en octubre, y se publicó en Castilla á mediados de diciembre (1515).

El rey con deseo de alargar cuanto pudiese los días que le restaban de vida, había salido de Madrid dirigiéndose por Plasencia á Sevilla y Granada, esperando hallar algún alivio en los países meridionales,

(4) Zurita, Rey don Hernando, lib. X. c. 9.

Notamos, en verdad con no poca extrañeza, que el ilustrado William Prescott, que de propósito escribió la historia del reinado de los Reyes Católicos, cuya buena ordenación nos hemos complacido en reconocer, cuyo buen juicio y criterio hemos adoptado en varios puntos, incurrió en omisiones sustanciales, muy especialmente desde la muerte de la reina Isabel. Nada dice de los últimos sucesos y de los últimos actos del reinado de don Fernando, así fuera como dentro del reino, siendo como fueron de tanta im-

portancia y trascendencia, y desde la muerte del Gran Capitán pasa á referir las circunstancias de la del Rey Católico, sin hacer una sola indicación de las grandes novedades políticas que en este tiempo ocurrieron en Europa, que tanto afectaban á España y á la seguridad de sus posesiones de Italia, y en que tuvo Fernando tanta parte. Nosotros hemos creído que no podía dejarse de hacer siquiera algunas indicaciones en una historia general, y no sabemos á qué atribuir tal omisión en tan entendido escritor, tratándose de la historia particular de un reinado.

pero pareciendo que más iba buscando el lugar de su sepultura. Detúvose unos días en la Abadía, pequeño lugar del duque de Alba, sitio apacible y delicioso y apropiado para la caza, para la cual contaba con más afición que aptitud física, y allí firmó y juró el tratado de alianza que sus embajadores acababan de hacer con Inglaterra. En aquella ocasión y por la fiesta de Navidad (1516) vino á buscarle el dean de Lovaina, Adriano de Utrecht, ayo y maestro del archiduque Carlos su nieto, con poderes del príncipe espedidos en Bruselas, para tratar por última vez acerca del gobierno de Castilla y de la sucesión de estos reinos. Concertóse, pues, lo mismo poco más ó menos que ya antes estaba capitulado, á saber: que el rey gobernaría los reinos de Castilla y de Leon todo el tiempo que viviese, aunque falleciera en tanto su hija doña Juana, y después de su muerte comenzaría á gobernar su nieto el príncipe Carlos: que entretanto se le darían al príncipe cincuenta mil ducados cada año en Amberes, y cuando viniese á España se le asignarían las rentas y derechos de príncipe de Asturias: que para el mes de mayo próximo por lo menos sería enviado á Flandes el infante don Fernando, y con la misma flota vendría Carlos á España sin gente de guerra; que el rey procuraría con el papa la incorporación perpétua de los maestrazgos á la corona, y que el príncipe se obligaría á señalar al infante su hermano una renta igual al menor de los maestrazgos: que á éste se le daría el

gobierno de los estados de Flandes bajo la dirección de la princesa Margarita y de su consejo: que el rey nombraría las personas para los principales cargos y oficios del servicio del archiduque Carlos su nieto, las cuales tomarían posesión después que el príncipe estuviese en España: que el rey tomaba de su cuenta convocar las cortes del reino para que declarasen que muerta la reina doña Juana se reconocería por rey al príncipe Carlos de Austria su hijo; y que esto lo habían de jurar en Flandes el príncipe, la princesa Margarita y todos los del consejo ante el embajador de España Juan de Lanuza, así como el rey haría el propio juramento á presencia de los grandes y de los embajadores del príncipe, y haría que lo juráran el cardenal, el obispo de Burgos, el duque de Alba y el condestable de Castilla (1).

Es admirable la entereza de ánimo y el vigor de espíritu que conservó este monarca hasta que materialmente le faltó el aliento. Sin esperanza ya de vida se hallaba cuando llegó á Madrigalejo, pequeño lugar de Extremadura en la provincia de Cáceres, y todavía pensaba en hacer que Inglaterra rompiera la guerra con Francia, y aun entendía en las cosas de gobierno, y aun se acordaba de la caza de cetrería, que era su favorito pasatiempo. Y como el dean de Lovaina,

(1) Carvajal, Anales, Año 1516. escritores acompañaba al rey en aquella ocasión, y era de su consejo y de la cámara. —Mártir, epist. 560 á 64.—Zurita, Rey don Hernando, lib. X. capítulo 98.—El primero de estos

sabiendo que estaba á la muerte, se fuese desde Guadalupe á Madrigalejo, el rey; noticioso de su visita, «ha venido á verme morir,» dijo, y le mandó que se volviese á Guadalupe, donde él pensaba ir pronto á celebrar capítulo de la Orden de Calatrava. Cuando se convenció de que se acercaba su última hora, recibió muy devotamente los sacramentos como católico príncipe, y á muy poco llegó la reina, que había estado en Lérida celebrando cortes de catalanes, pero no la permitieron hablar particularmente con su marido hasta que éste tuvo otorgado su testamento. Fernando llamó poco antes de morir á los de su consejo para consultarles en el asunto de la gobernación de los reinos de Castilla y Aragón; deseaba el rey, y así se lo manifestó reservadamente á sus consejeros, que la obtuviese en ausencia del príncipe Carlos su hermano Fernando, el nieto predilecto suyo, nacido y criado en Castilla con él (1); pero expusieronle aquellos los peligros que este nombramiento traería, así por la corta edad del infante, como por los celos que se suscitarían entre los dos hermanos, y los bandos, discordias y ambiciones que podrían moverse entre los nobles y caballeros castellanos, como en otros tiempos no muy remotos había acontecido: y como les preguntase á quien había de nombrar, contestáronle que á Cisneros, arzobispo de Toledo. Era esto muy

(1) Así lo tenía dispuesto en otro testamento que había otorgado en Burgos en 1512.—Zurita, Rey don Hernando, lib. X. capítulo 99.

conforme á lo que él mismo habia ya ordenado en otro testamento (y era el segundo) hecho el año anterior (26 de abril, 1515) en Aranda de Duero ⁽¹⁾.

Declaró, pues, definitivamente en este último testamento como en los anteriores, por heredera universal de los reinos de Castilla, de Aragon, de Navarra, de Nápoles, de Sicilia, y de las posesiones de Africa y de Indias, á su hija la reina doña Juana, y á sus hijos y nietos de legítimo matrimonio, varones ó hembras. Atendido el estado intelectual de su hija, nombró gobernador general de los reinos á su nieto el príncipe Carlos, para que los rigiese á nombre de la reina su madre; durante la ausencia del príncipe quedaba confiado el gobierno de Castilla al cardenal de España Jimenez de Cisneros, y el de Aragon al arzobispo de Zaragoza, hijo natural del rey ⁽²⁾. Encargaba muy encarecidamente al príncipe heredero que no hiciese mudanza en las provisiones de oficios que tenia hechas en los reinos de la corona de Aragon, y que ni en el gobierno ni en el consejo admitiese extranjeros, sino naturales del pais. Resignaba la ad-

(1) Carvajal, Anales, 1516, c. 2. y Zurita en el lugar arriba citado difieren algo en este punto. Carvajal indica que el nombramiento de Cisneros se debió á los del consejo del rey, de los cuales era él uno, pero Zurita prueba con el testamento de Aranda de Duero que ya habia sido esta misma la intencion de Fernando.

(2) Este nombramiento halló

despues mucha contradiccion y resistencia en Aragon, cuyas leyes y fueros no admitian sino un solo gobernador, que era el príncipe primogénito; y aun despues de convenir en que el arzobispo no se nombrase gobernador sino curador, el justicia del reino no quiso recibir el juramento, y se siguieron muchas turbaciones y bandos.

ministracion de los maestrazgos de las órdenes en el príncipe su nieto. Dejó al infante don Fernando el principado de Tarento en Nápoles, y varias ciudades en la provincia de Calabria, con cincuenta mil ducados anuales, hasta que su hermano le asignase una renta equivalente en el reino. Señaló á la reina doña Germana treinta mil escudos de oro al año, y cinco mil mas durante su viudedad; y hacia diversos legados para objetos piadosos ⁽¹⁾.

Apenas firmado el testamento, exhaló su último aliento el Rey Católico entre una y dos de la tarde del 23 de enero de 1516, á los 64 años de su edad, á los 41 de haber entrado á regir con Isabel el cetro de Castilla, y á los 37 de haber heredado el de Aragon ⁽²⁾. «El señor de tantos reinos, esclama Martir de Anglería, el que habia ganado tantas palmas, el que tanto habia difundido la religion cristiana y humillado tantos enemigos, este rey murió en una casa rústica, y murió pobre contra la opinion de los hom-

(1) El testamento se hizo tan estenso por sus fórmulas curiales, que apenas hubo tiempo para copiarle y que pudiera firmarle el rey. Carvajal le insertó en sus Anales, y posteriormente se imprimió en Apéndice al tomo IX. de la Historia de Mariana, edicion de Valencia, á continuacion del de la reina Isabel.

(2) No murió precisamente en el pueblo de Madrigalejo, sino en una pequeña casa llamada de Santa María, situada á corta dis-

tancia en la Cruz de los Barreros, en cuya capilla existe una lápida con la inscripcion siguiente: «Falleció el muy alto y muy poderoso y muy católico rey don Fernando V. de gloriosa memoria en el aposento de esta casa, el viernes dia de San Ildefonso entre las 3 á las 4 de la mañana de enero 23 de 1516.

Hay, como se ve, una variante entre esta inscripcion y los historiadores.

»bres (1).» En efecto, al decir de los historiadores aragoneses, este rey, á quien tanto se ha notado de mezquino, de avaro y codicioso, murió tan pobre que apenas se halló lo necesario para hacer los gastos de sus funerales (2). Y este juicio, conforme al de escritores contemporáneos de tan respetable voto como el milanés Pedro Mártir prueba que Fernando aunque frugal, económico, y aun si se quiere, nimiamente parco, no era hombre que atesoraba, sino que conocía que era menester invertir con parsimonia las rentas de sus estados si había de atender á los gastos que tan vastas y numerosas empresas exigían. Acaso fué en esto algunas veces escesivamente cauto y tímido, y por eso escatimaba ó se detenía en enviar los recursos á los ejércitos de Italia que con disculpable y

(1) Mártir, epist. 566.

(2) «Puedese afirmar con toda verdad, dice Zurita, (rey don Hernando, lib. X. c. 400.), que no fué amigo del dinero ageno, y de lo suyo era moderado, y del público muy avaro; tan diferente del rey don Enrique su antecesor, que sin modo ni juicio dió lo suyo y derramó lo ageno. De manera que los que le notan de codicioso, no entendieron quã gran alabanza fué conformarse con la Reyna Católica en lo que tocaba á la conservacion del patrimonio Real.—Y essa ni esperada ni imaginable virtud, dice Abarca hablando de la pobreza del rey, (don Fernando el Católico, cap. 21) desmintió y condenó á quantos notaron á don Fernando de rey codicioso en retener y corto en distribuir.»

Tal vez esta fama de mezquindad nació en parte de un dicho de Maquiavelo, que poniendo en caricatura los principios de su tiempo los describió así: «Un imperatore instabile é vario: un re di Francia sdegnoso é pauroso: un re de Inghilterra ricco, e feroce, e cùpido di gloria: un re di Spagna taccagno e avaro.» También pudo contribuir la anécdota del jubon que de él se cuenta, á saber: que hablando un día con un palaciego de los mas ostentosos y esmerados en vestir, le hizo tocar su jubon y le dijo: «¿Veis q' é buena tela? Tres pares de mangas me lleva gastadas.»—El dicho, si es auténtico, pudo ser muy oportuno para reprehender á los nobles de su tiempo su loca prodigalidad.

justa impaciencia le reclamaban el Grã Capitan y otros generales. Mas si la economía y la modestia de Fernando en su casa y persona pudo algunas veces dar ocasion á censura, tambien por otra parte era una leccion elocuente y una reconvenccion tácita á la ostentosa y dispendiosa prodigalidad á que estaban acostumbrados los cortesanos de su tiempo. Y por último, como dice un escritor estrangero, «nadie le ha acusado de que intentara nunca llenar su tesoro por la venta de los empleos, cómo á Luis XII., ó por medios rapaces, como á otro rey contemporáneo suyo, Enrique VII.»

Su cuerpo fué llevado á Granada, donde se le hicieron solemnes exequias, y se le dió sepultura en la capilla real al lado de la Reina Católica, su esposa. Su muerte fué muy sentida y llorada por los aragoneses, sus naturales súbditos, que le llamaron, hasta cierto punto con verdad, *el último rey de Aragon*: muchos grandes y nobles de Castilla mostraron menos pesadumbre que satisfaccion por verse libres de la sujecion en que los tenia. Despues fueron conociendo los castellanos el rey que habian perdido, y no sin razon le llamó mas adelante un historiador de España: «príncipe el mas señalado en valor y justicia y prudencia que en muchos siglos España tuvo.»